

«Escribid que este hombre ha injuriado á un juez del rey;» y prometió á Raimundo que lo «pagaría caro.»—Un preboste de Laón, pensando que se había hecho adjudicatario del prebostazgo á un precio excesivo, comunicó sus preocupaciones al alcalde del municipio de Crepi, suplicándole que le «ayudara.» Después de haber deliberado, las gentes de Crepi se decidieron á entregarle veinte libras parisis por año, durante seis años, «temiendo que el dicho preboste no les vejara de otras maneras si se negaban á ayudarle.»

Raramente se hace cuestión, en las informaciones de 1247, de los funcionarios de primer rango. Sin embargo, la dama de Alais cuenta que había obtenido de



Traje de una princesa. (Miniatura del siglo XIII.)

la corte del rey cartas ordenando á Pedro de Athis, senescal de Beaucaire, que abriese una información sobre los derechos de los señores de Alais; pero Pedro de Athis no hizo caso y continuó sus exacciones.—La comunidad de Rouján presentó reclamación ante el rey á propósito de un aumento de impuestos ordenado por el senescal Guillermo de Ormes, y este senescal dijo á los prohombres de Rouján que los encarcelaría si mantenían su apelación, y siguió robándoles el dinero.—Un sacerdote de Poitiers había recibido de Roma orden de invitar á Godofredo Païen, senescal de Poitou, á prestar á la Iglesia el apoyo del brazo secular contra los excomulgados que se obstinaban: «No quiero mezclarle,» respondió el senescal. Pero esta negativa merecía la excomunión, y el sacerdote no vaciló en fulminarla en la sesión misma. También en la sesión misma el senescal le hizo maltratar por un sargento, y luego envió á su casa seis comisionados de apremios (*comes-tors*). Esta excomunión costó cara al pobre sacerdote de Poitiers.

Mil anécdotas del mismo género podrían sacarse de las informaciones contemporáneas de los últimos Capetos directos. Es preciso guardarse de sacar conclusiones demasiado generales de todos estos casos particulares, por numerosos que sean; los elementos de una estadística faltan evidentemente. Pero ¿cómo no había

de desarrollarse hasta el exceso el instinto autoritario en hombres poco cultivados, reclutados sin garantía, investidos de poderes ilimitados y casi seguros de la impunidad? Estaban casi seguros de la impunidad, porque los más culpables de entre ellos, convencidos de enormidades oficialmente, obtenían casi siempre, después de haber sido destituidos, cartas de remisión, y aun lo que hoy día se llaman «compensaciones» en estilo administrativo: tan poderoso era ya el espíritu de cuerpo.

La acción secular de estos millares de oscuros tiranuelos, más que la voluntad reflexiva del gobierno central, acabó en Francia, á partir del siglo XIII, todo lo que se oponía á la arbitrario ó rompía la uniformidad.

CAPITULO II

LA SOCIEDAD FRANCESA EN EL SIGLO XIII

I. El libro de Guillermo Le Maire.—II. *Jehan et Blonde*.
III. *Bauduïn de Sebourg*.—IV. Los *Fabliaux*

El cuadro que hemos trazado (1) de la sociedad francesa en tiempos de Felipe Augusto, vale por todo el siglo XIII. En efecto, la organización social no cambió notablemente de 1200 á 1300. Los historiadores de las organizaciones sociales en Francia, como los de la «civilización» en la Edad media, abrazan con razón la segunda mitad del XII con el XIII y los primeros años del siglo XIV, que desde este punto de vista forman un período y un conjunto indivisibles.

No volveremos á hablar de las instituciones sociales; en cuanto á las costumbres, ¿podemos dar brevemente una idea exacta y precisa? Suponed que se trata de describir las costumbres del tiempo en que vivimos: las conocemos directamente, pero ¿qué apuro si se nos invitara á delinear sus principales trazos! Otras dificultades deben agregarse cuando se trata de describir las costumbres del siglo XIII. Los que más tarde intentarán hacerse cargo de nuestras costumbres, tendrán que consultar nuestros libros y periódicos, novelas, comedias, caricaturas, relatos judiciales y documentos gráficos de toda especie. Con recursos análogos—salvas las diferencias—se puede hoy día dar una idea de la vida privada y de los sentimientos de los hombres del siglo XIII. Pero son necesarias las precauciones más minuciosas para evitar errores de interpretación. La mayor parte de los textos literarios, que forman la fuente principal, están sujetos á error. No todos son originales; sería absurdo emplear, para describir la sociedad francesa del siglo XIII, relatos inspirados en la tradición de los siglos precedentes, aunque de autores contemporáneos de Luis IX y Felipe el Hermoso. Los mismos originales deben sujetarse á la crítica, porque en algunas novelas, y aun en la literatura clerical del siglo XIII, las mujeres de más alto rango mantienen, sin rubor, conversaciones muy libres, y no es legítimo concluir que las mujeres del siglo XIII no tuviesen educación. Es preciso discernir las representaciones sinceras de la verdad, las exageraciones, los caprichos, los cargos y las idealizaciones convencionales. Estas dificultades, agravadas con muchas otras (2), son

(1) Véase págs. 137 y siguientes.

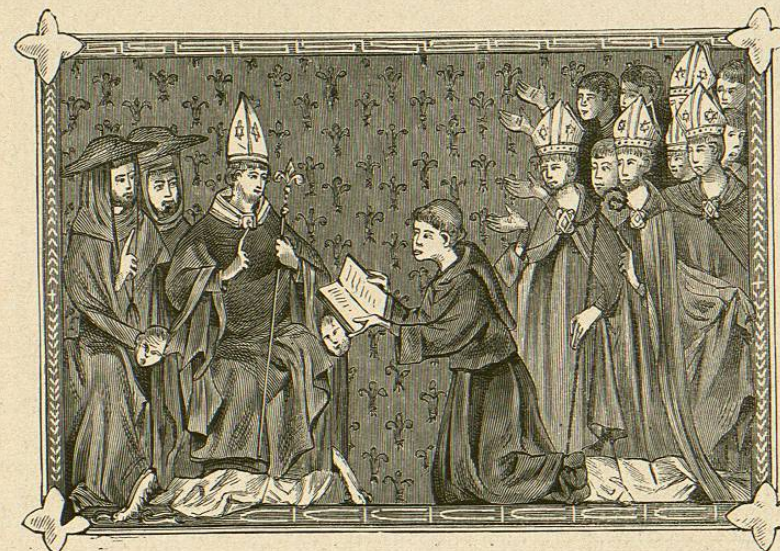
(2) Véase lo que hemos dicho de esto en la *Revue historique*, LXIII, 1897, págs. 241 y siguientes.

tales, que la historia de la sociedad, concebida como historia de la vida privada, de las costumbres, creencias, usos y sentimientos de Francia en el siglo XIII, no se ha escrito nunca (1).

En el estado actual de la ciencia, y dada la semejanza de las fuentes de la segunda mitad del siglo XII, del XIII y de los primeros años del XIV, el mejor procedimiento será poner á la vista algunos documentos originales, verdaderamente característicos y fechados con precisión. A falta del conocimiento sintético é integral de la sociedad contemporánea de San Luis y de Felipe el Hermoso (que nadie ha tenido ni tendrá nunca), el lector recibirá así algunas impresiones directas.

En cuanto á las informaciones judiciales, administrativas y de canonización, que contienen procesos verbales de interrogatorios y conversaciones, son la vida misma anotada y fijada. Pero la información para la canonización de Luis IX, las piezas de los grandes procesos criminales de los primeros años del siglo XIV, y los cuadernos de los informadores de 1247, nos han proporcionado ya escenas y retratos: basta con recordar aquí lo dicho de Luis IX y su cohorte, de Bonifacio y los templarios, de Bernardo Saisset, de Bernardo Delicieux, de Guichard de Toyes, etc. (3).

Hemos escogido cuatro documentos de primer orden: el libro de Guillermo Le Maire, que es el memorial



Sumario para la beatificación de Luis IX. (De un manuscrito de la Biblioteca Nacional, París.)

Esto dicho, comienza el embarazo de la elección. Por motivos diferentes no haremos uso de dos clases de documentos que se cuentan entre los más preciosos: sermones é informaciones judiciales.

Existen muchos centenares de sermones predicados al pueblo en las iglesias de París á fines del siglo XIII. Son en su mayor parte ricos en comparaciones, en alusiones á los sucesos del día y en detalles familiares. Pero los moralistas de profesión exageran y generalizan fácilmente los vicios y desdichas de su tiempo: no temen los lugares comunes. Los del siglo XIII tenían además pasiones que autorizan á sospechar, con frecuencia, de su testimonio; la malquerencia declarada del clero secular contra el regular, y viceversa, impide, por ejemplo, prestar fe á las diatribas vehementes de los preladados contra los monjes y de los monjes contra los preladados. La imagen que resulta de la yuxtaposición de los pequeños trazos recogidos en los sermones y en las colecciones de anécdotas (*exempla*) para uso de los predicadores, es incompleta, trivial, y en ciertos aspectos demasiado recargada y artificialmente coloreada. Los sermones, en nuestro concepto, sirven sólo para confirmar lo que se sabe ya por otras fuentes (2).

(1) Los mejores ensayos son los de A. Schultz, *Das höfische Leben zur Zeit der Minnesinger*, dos volúmenes, 1889, y el de L. Gautier, *La Chevalerie*, 1884.

(2) Ha sido trazado un cuadro bastante bueno de la sociedad francesa en el siglo XIII, según los sermones, por A. Lecoy de la Marche, *La Chaire française au XIII siècle*, 1886. Pero B. Hau-

de un obispo bajo el reinado de Felipe el Hermoso, espejo excelente de costumbres clericales (4); la novela *Jehan et Blonde*, espejo de las costumbres cortes de la pequeña nobleza de la Isla de Francia, al declinar el siglo XIII (5); la novela de *Bauduïn de Sebourg*, cuyo autor es un representante típico de la generación que vió la aurora del siglo XIV (6); la colección de los *fabliaux*, que refleja fielmente las escenas familiares de la vida de las calles y los campos (7).

rean ha publicado desde 1886 muchos textos nuevos en la *Histoire littéraire*, en sus *Notices et extraits de quelques manuscrits latins de la Bibliothèque nationale* y en el *Journal des Savants*. Consúltese más adelante.

(3) Libro primero, capítulo II; libro II, capítulos III y IV; libro III, capítulo primero.

(4) Publicado en las *Mélanges historiques* (tomo II) de la *Collection de documents inédits*; consúltese *Histoire littéraire*, XXXI, pág. 75.—Tan instructivo como el libro de Guillermo Le Maire es para la historia de las costumbres clericales el registro de las visitas pastorales de Eudo Rigaud, arzobispo de Ruán, á mediados del siglo XIII, que ha sido muy bien analizado por L. Delisle en la *Bibliothèque de l'École des Chartes*, 1846.

(5) Publicada por H. Suchier para la Sociedad de antiguos textos: *Œuvres poétiques de Philippe de Beaumanoir* (tomo II, 1884). Compárese el análisis del encantador *Roman du Châtelain de Couci*, que es también una novela de observación, en la *Histoire littéraire*, tomo XXVIII, pág. 355.

(6) Publicada por L. Bœca en 1841. Consúltese L. Gautier, *Bibliographie des chansons de geste*, 1887, página 64, y *Zeitschrift für deutsche Philologie*, tomo XXVII, páginas 14-27.

(7) J. Bedier, *Les Fabliaux*, 1893. Consúltese *Revue Bleue*, agosto y septiembre de 1891.

I.—El libro de Guillermo Le Maire

Nicolás Gellant, obispo de Angers, murió en 29 de enero de 1291. Después del entierro, el cabildo de la catedral, en ausencia del deán, hizo demandar al rey, y después al cabildo metropolitano de Tours (la sede de Tours vacaba), permiso para elegir un nuevo obispo. Concedido este permiso, se convocó capítulo para el 17 de abril. Este día no se verificó la elección. El 18, los electores remitieron sus poderes á diez de entre ellos, á condición de que su decisión sería unánime y tomada antes de que se extinguiese el cirio que se encendería ante ellos en la cripta practicada bajo la urna de San Maurilo. Guillermo Le Maire, oriundo de Anjou, capellán y penitenciario del obispo difunto, antiguo profesor de derecho canónico en las escuelas de Angers, es el designado; se niega, como es natural, por pura fórmula; pero el capítulo entona tumultuosamente el *Te Deum laudamus* y arrastra al elegido al altar, desde donde le presenta al pueblo.

Al día siguiente parten unos canónigos de Angers para transmitir la nueva al cabildo metropolitano de Tours. El elegido les sigue. Sufre el examen canónico. Pero antes de que se proceda á la consagración es necesario el beneplácito del rey; el 24 de abril, Guillermo Le Maire envía á la corte dos miembros de su cabildo para solicitar suspensión de regalías; y, en espera, se instala en la abadía de Melinai. Allí comienza á ejercer sus funciones pastorales: hace invitar al rector de Lude, no residente, á proveer de un suplente honroso la iglesia de Lude, que no lo tiene desde hace largo tiempo. Advierte que será necesario avisar al rector que posee el beneficio de Basouges, porque el capellán (suplente) de este lugar roba lienzo á sus feligreses cuando les da la extremaunción. Finalmente, el 4 de mayo, llegan las cartas del rey, fechadas del 28 de abril. Después de una fiesta solemne en Melinai y de haber designado, para presidir el tribunal diocesano, en calidad de oficial, á maese Esteban de Bourgueil, profesor en leyes, el elegido, escoltado de canónigos y de señores angevinos, parte para prestar al rey el juramento de fidelidad. El 16 de mayo, en el bosque de Vincennes, en presencia del rey, Pedro de Chambli, caballero, le administra el juramento, que el elegido presta ante el Evangelio, cruzada la estola al cuello y la mano sobre el pecho, según uso entre los clérigos. Sin dilación expone los daños causados á la Iglesia de Angers durante la vacancia de la Sede. Ya se iba, cuando un sargento del rey reclamó veinticinco libras parisis, cien sueldos para el rey, y veinte libras para los chambelanes; pero el obispo se negó á pagar, alegando que no venía obligado.

Habiéndose despedido del rey, el obispo pasa tres días en París, donde compra mitras, telas, ornamentos de iglesia, trajes y arneses para sus gentes. El 24 de mayo está en Lezigné; amonesta, al pasar, al rector del lugar, excomulgado, borracho y pervertido. El 3 de junio, día de la consagración, abandona muy temprano la abadía de Saint Serge, de la que era huésped desde la víspera, y se dirige hacia el monasterio de Saint-Aubin de Angers; allí, Briant de Montjeau, señor de Briançon, le espera con caballeros y gentes de armas: es privilegio y deber de este vasallo apartar la multitud y escol-

tar al obispo, en semejante circunstancia, desde Saint-Aubin á la catedral, reteniendo, á título de recompensa, el palafreñ episcopal. El obispo sube á descansar á la cámara del abad. Pero he aquí á los delegados del cabildo de Tours, que le ruegan preste el juramento debido á su arzobispo nuevamente elegido, su superior jerárquico; él consiente en ello, «después de muchas dificultades y discusiones» á propósito de la forma de este juramento.

He aquí ahora á Amauri, hijo mayor de Mauricio, señor de Craón y de Briolai, de edad de once años, y á Mateo de Quatrebarbes, caballero, que habla en su nombre: Amauri se ofrece á prestar el servicio de su padre, que ahora se encuentra en Inglaterra, donde le envió con una misión el rey de Francia; es decir, pide llevar sobre sus hombros al obispo, con los demás vasallos encargados de esto, desde la iglesia de Saint-Aubin hasta el altar mayor de Saint-Maurice de Angers. Guillermo Le Maire protesta porque se trata de un servicio personal; el niño no es todavía ni vasallo de la iglesia de Angers ni señor de Briolai, y además es demasiado joven. Se discute, y nadie se entiende. Sin embargo, Guillermo Le Maire reviste, en presencia y con asistencia de los obispos de Dol y de Quimper, los ornamentos episcopales de bucarán: la mitra, el anillo, el báculo y los guantes se le entregarán en seguida; recibe la consagración de manos de Guillermo, obispo de Rennes. Terminada la ceremonia, se adelantan los barones que deben llevar al obispo: son el señor de Chemillé, que debe ir delante á la izquierda; el señor de Blou, detrás á la derecha; el señor de Grattecuise, detrás á la izquierda; el cuarto lugar de la litera (delante á la derecha) correspondía al señor de Briolai: el niño Amauri, montado sobre las espaldas de un caballero, se apodera del sitio, á pesar de las protestas del obispo, que ruega á sus colegas de Rennes y de Dol tomen acta de la violencia que se le hace. De esta manera llegan, á través de la multitud, hasta la Puerta Angevina de la ciudad; está cerrada; es necesario aguardar; finalmente se abre el ventanillo, y el archidiacono Godofredo, en nombre del cabildo, exige del obispo un nuevo juramento: «Jurad que os abstendréis de nuevas infeudaciones. Jurad respetar los derechos y las antiguas costumbres de la Iglesia de Angers.» Se penetra finalmente en la catedral. En el momento del ofertorio, la turba de los que traen vasos de plata y de plata dorada es tan grande, que el obispo se ve obligado á tomar precauciones para que no le molesten.

En el palacio episcopal, después de la misa, nuevas formalidades. El señor de Grattecuise da aguamanos al obispo, y guarda para su uso la palangana de plata y las toallas. El obispo y sus cofrades, que son sus huéspedes, se sientan á la mesa; el señor de Chemille, ayudado de sus gentes, hace oficios de panadero; terminada la comida se quedará con los manteles; pretende también los restos del pan, pero este último punto es discutido. El señor de Blou sirve el primer plato en dos escudillas de plata, una encima, otra debajo, con otras dos escudillas más pequeñas del mismo metal para las salsas; tiene el derecho de llevarse en seguida estos utensilios, pero no las cacerolas y la batería de cocina, á pesar de sus pretensiones. En el momento en que el obispo va á beber se presenta el niño Amauri con una

copa dorada en la mano; pero el obispo la rechaza; Amauri la coloca sobre la mesa; el obispo la toma de mano de uno de sus propios servidores y bebe. Apenas la ha dejado, Amauri se apodera de ella y huye. Guillermo Le Maire ruega á su colega de Rennes que haga constar una vez más su protesta.

Por la narración de estas ceremonias, que fué autoridad para la instalación de los obispos de Angers hasta mediados del siglo XVI, comienza el *Livre de Gui-*

Se refieren á los delitos carnales de los curas suplentes, á instrucción de los clérigos que aspiran al sacerdocio: «Que ninguno sea ordenado sacerdote si no está lo suficientemente instruido en gramática para definir el substantivo» (1); á la prohibición del trabajo dominical; á la expulsión de brujos y brujas, que en las parroquias rurales aterrorizaban á los curas; finalmente, á las rapiñas cometidas por los sacerdotes con ocasión de enterramientos. Los sacerdotes que figuraban en un en-



Miniatura de un manuscrito del siglo XIII que se conserva en la Biblioteca del Arsenal, París

Un trovador enviado por el duque de Flandes y de Brabante al conde Roberto de Artois, hermano de Luis IX, recita delante de la reina de Francia, doña Blanca de Castilla, y de la condesa de Artois, Matilde de Brabante, la historia de Cleomedes

llume Le Maire. Este libro se divide en dos partes: la primera es un «diario», la segunda contiene documentos oficiales: actas concernientes á la administración del obispado y del dominio episcopal, bulas, cartas é informaciones relativas á los asuntos políticos del reino y á los intereses generales de la cristiandad; por ellos se ven, mejor que en parte alguna, la actividad política y los embarazos administrativos de un obispo contemporáneo de Bonifacio VIII y de Clemente V. Guillermo Le Maire había redactado además un registro intitulado: *Registrum visitationum nostrarum*, que contenía la relación de sus visitas á las iglesias y casas religiosas de su diócesis: se ha perdido; pero los estatutos sinodales de Guillermo y la memoria (inserta en su libro) que escribió para el concilio de Viena en 1311, resumen bastante bien la experiencia, que adquirió durante su larga carrera, de las costumbres de su clero en particular y del clero en general.

Los estatutos sinodales de Guillermo Le Maire (el más antiguo es de octubre de 1291) contienen disposiciones análogas á las que promulgaron casi todos los obispos y casi todos los concilios provinciales del siglo XIII.

tierro cobraban cierta suma. «Cuando, por consiguiente, se anunciaba la muerte de una persona rica, llegaban de todas partes al lugar de los funerales, como cuervos ó gavilanes que huelen de lejos el cadáver, *sicut corvi vel vultures de longe cadavera sentientes*, desde cinco, desde seis leguas á la redonda, sacerdotes ávidos de aquella suma, los cuales frecuentemente, con gran escándalo del pueblo, se disputaban el derecho de participar en la ceremonia, y se arrancaban unos á otros los ornamentos sagrados.» Guillermo Le Maire ordena que los sacerdotes forasteros no sean admitidos en los entierros, sin ser llamados por los parientes del difunto. Prohibe, finalmente, á los curas vender ó traficar en las ferias y frecuentar las tabernas.

(1) Los exámenes de los candidatos al sacerdocio eran, en el siglo XIII, motivo de chacota; como aquella farsa en que un joven campesino que acaba de cortar su pluma con la podadera, y que trata en vano de recordar la declinación propuesta (*Declina mihi: laetare!*), hace enviar por su madre un queso al examinador. El «Registro de las visitas del arzobispo Eudo Rigaud,» citado anteriormente, contiene procesos verbales de examen que son muy interesantes.

También la memoria para el concilio de Viena contiene quejas. El concilio de Viena se había reunido para estudiar muchos grandes asuntos; el de los templarios, el proyecto de una nueva cruzada, y la defensa y reforma de la Iglesia. Sobre el último punto, he aquí los males que el obispo de Angers denuncia y los remedios que propone (1).

En primer lugar, dice, el reposo dominical no se observa en casi ninguna de las provincias de Francia. En domingo se tienen los mercados, los pleitos y las reuniones. Se compra, se vende y se pleitea en vez de ir á la iglesia. Las iglesias están vacías; llenas las tabernas y los tribunales. De donde se sigue que la ley de Dios, los artículos de la fe y cuanto importa á la salvación de las almas, se ignora casi totalmente. Dios es blasfemado, el diablo honrado, la fe católica peligró (2).

Otro uso reprobable. Los archidiaconos rurales, los arciprestes y los deanes, que ejercen la jurisdicción eclesiástica por sí mismos ó por medio de substitutos indignos (*viles, ignaros*), excomulgaban á las gentes á diestro y siniestro, por motivos fútiles ó sin razón alguna. Es un diluvio de excomuniados: «He visto en una sola parroquia trescientos, cuatrocientos y aun setecientos fieles excomulgados por tales jueces, casi todos abusivamente.» ¿Qué pasa? Que se acostumbran á estas sentencias, que deberían ser formidables. Se las desprecia, se hace burla del poder religioso, se profieren contra la Iglesia y sus ministros palabras escandalosas y blasfematorias. Y así los jueces arrastran consigo rebaños de justiciables á lo profundo del infierno.

Para corregir este estado de cosas sería necesario abstenerse de admitir á las órdenes sagradas, y particularmente al sacerdocio, tantas personas abyectas (*innumerosae personae contemptibiles et abjectae vitae*), sin instrucción y sin costumbres, cuya vida inspira á los laicos desprecio de los sacramentos, tanto que en ciertos lugares «los sacerdotes son considerados como más viles todavía que los judíos.»

Es también necesario ocuparse en la reforma de los monjes. Los monjes, según los cánones y las leyes civiles, son muertos para el mundo. El monje, fuera del claustro, es, por definición, como el pez fuera del agua. Pero ¿qué es lo que se ve? ¡Ay!, muchos frailes, que no tienen de fraile más que el hábito, viven sin ninguna disciplina en los prioratos rurales, de dos en dos, de tres en tres. Acuden á las ferias y trafican como mercaderes laicos; se conducen, con escándalo del público,

(1) M. Heber, *Gutachten und Reformvorschläge für das Wiener Generalconcil*, 1896. Este autor analiza, además de la memoria de G. Le Maire, el opúsculo análogo de G. Durand, obispo de Mende; hubiera sido interesante comparar las memorias del mismo género presentadas al concilio de Lyon en 1274.

(2) Las quejas de G. Le Maire se ven enérgicamente confirmadas en este punto por G. Durand y los predicadores. Los predicadores repiten que muchos laicos no saben hacer la señal de la cruz y serían incapaces de recitar las plegarias aprendidas en su infancia. A mitad de la misa dominical salen para conversar bajo los árboles ó reposar sobre la hierba del cementerio: «He conocido, dice Jaime Vitri, á un caballero que jamás había asistido á un sermón y no sabía lo que era el Santo Sacrificio: creía que se celebra solamente para cobrar su importe.» «Se acude á las procesiones, dice un anónimo, para tener ocasión de adornarse; pero cuando las cruces están á punto de entrar en la iglesia y el oficio comienza, los fieles se van á echar jácaras, á bailar ó á cantar; más les valiera quedarse en sus casas.»

de manera que el obispo de Angers creería vergonzoso precisar. Que se reconduzca á esos vagabundos, á esos religiosos y religiosas (cuyo caso es más grave todavía) á los grandes monasterios, ó por lo menos, que se les reuna en número de doce en cada casa rural, sometiénolos á una autoridad que impida los abusos. Es cierto que los herederos de prioratos rurales se quejarán é intentarán volver á apoderarse de los bienes cedidos por sus antepasados, caso de evacuarse los prioratos: esa es una dificultad seria, el obispo lo reconoce, pero no da la solución.

¿Qué decir de los excesos de todas clases que los regulares cometen en detrimento de los seculares? El obispo dice lo que ha visto: monjes que bajo la capa de sus privilegios, y á pesar de las decisiones del papa Bonifacio, «de santa memoria,» admiten excomulgados en sus capillas, consagran matrimonios clandestinos ó prohibidos, replican insolentemente á las observaciones que se les hacen á este propósito, usurpan los diezmos y los otros derechos parroquiales á los sacerdotes; y todo esto impunemente, porque el clero secular prefiere dejar hacer que mandar diariamente apelaciones costosas á la corte de Roma. Los priores de Marmoutier llegan á oponerse, por la fuerza (*vi armata et armati cum suis complicibus*), á que los preladados gocen en sus prioratos de hospitalidad gratuita y derechos de requisióon.

No es esto todo. Multitudes de clérigos sin costumbres afluyen de todas partes del mundo á la corte pontifical, y en ella obtienen beneficios, «con ó sin cura de almas,» en países en que ni siquiera son conocidos. Los preladados, obedientes á las órdenes del papa, les admiten, y esos intrusos llevan una vida tal, que las iglesias se arruinan y los pueblos se escandalizan, mientras que los candidatos meritorios, cuya turba es inmensa, no pueden ser provistos. Guillermo le Maire está en condiciones de poder citar una iglesia catedral, de la que, en el espacio de veinte años, han vacado treinta y cinco prebendas: el obispo no confiere más que dos; todas las restantes son provistas por el papa y los cardenales.

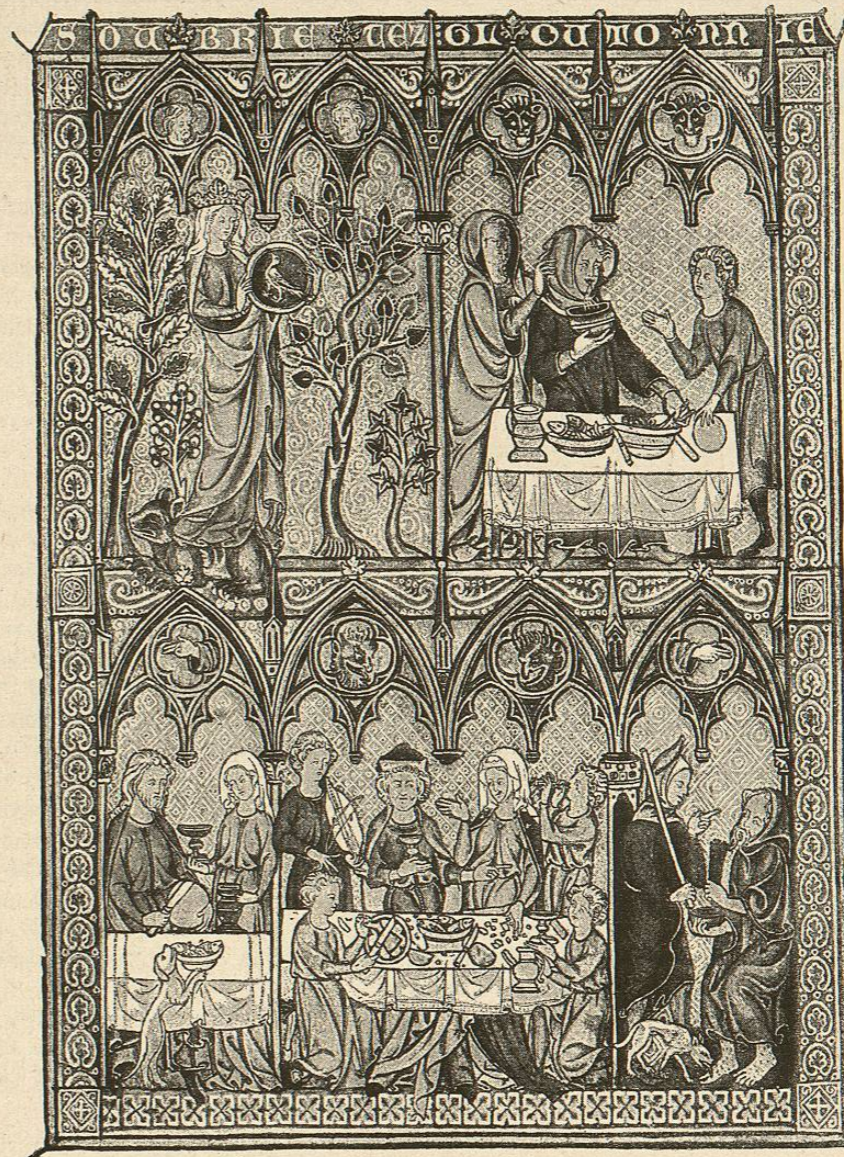
El obispo nada puede hacer por los clérigos meritorios del país, que vuelven de las escuelas; estos pobres, desesperados de la inutilidad de los sacrificios que se han impuesto por amor á la ciencia, no esperan nada de la Iglesia, se casan ó entran al servicio de los príncipes; ellos son quienes, por consiguiente, al verse desdenados, atacan con mayor viveza las libertades eclesiásticas. Se nos desprecia por extranjeros, italianos, bárbaros (*peregrinae linguae et barbarae nationis*), que en su mayor parte no residen y cobran de iglesias cuyo crucifijo no han visto nunca.

Otro abuso es el cúmulo de beneficios. La misma persona, algunas veces indigna, reúne hasta cuatro ó cinco dignidades, diez ó doce prebendas, con lo que bastaría para asegurar una vida respetable á cuarenta ó cincuenta personas letradas. De ahí la desilusión general, la decadencia de los estudios.

Finalmente, debe señalarse la vida «monstruosa y deshonestá» de la mayor parte de los clérigos beneficiados. ¡Qué trajes, qué cuidado de la cabellera, de las uñas y de la barba!, ¡qué magnificencia en las comidas! «He visto en muchas iglesias entrar á los canónigos, en

las horas de oficio, para cobrar su tanto de presencia y marcharse incontinenti. Durante los oficios el coro estaba vacío. ¡Qué ejemplo para los asistentes! O bien se les da el espectáculo de los canónigos que, en lugar de salmodiar, se reúnen en pequeños grupos, se cuentan

baile de Clermont. Entró en seguida al servicio del rey, y fué sucesivamente senescal ó baile en Poitou, en Saintonge, en Vermandois, en Turena y en Senlis. Es conocido como autor de un libro, las *Coutumes de Beauvaisis*, en que no solamente enseña «el derecho



Miniatura de la *Somme le roi*, escrita en 1269 por orden de Felipe el Atrevido. (Museo Británico.) Representa en su parte superior la sobriedad y la glotonería, y debajo, en el centro, la mesa de un hombre acaudalado, á la derecha el pobre Lázaro, y á la izquierda la mesa de un matrimonio frugal

historietas y estorban el servicio divino con sus conversaciones y sus risas.»

Tal es la memoria de Guillermo Le Maire; el obispo, hombre moderado y prudente, no lo dijo todo, pero todo lo que dijo está corroborado por innumerables testimonios de origen diverso.

II.—Jehan et Blonde

Felipe de Remi, señor de Beaumanoir, nació por los años de 1250, de una buena familia del Beauvaisis. Después de haber pasado una parte de su adolescencia en Inglaterra y Escocia, entró al servicio de Roberto de Clermont, el sexto hijo de San Luis, en calidad de

usado y acostumbrado en el condado de Clermont,» sino que por primera vez sienta los principios del derecho usual francés (1). Este administrador, este jurista, uno de los mejores prosistas de la antigua Francia, había compuesto también en su juventud—poco tiempo después de su vuelta de Inglaterra, entre 1270 y 1280—novelas en verso. La mejor de estas novelas de aventuras, *Jehan et Blonde*, dice con razón H. Suchier, que la ha publicado, «pinta tal vez mejor que sabias disertaciones los detalles de la vida privada en el siglo XIII.» El autor no inventó la fábula, que se encuentra en las

(1) A. Salmón, *Philippe de Beaumanoir, Coutumes de Beauvaisis*, 1900. Introducción.